Luiso Berdejo

La puerta del frío

minotauro

LUISO BERDEJO

LA PUERTA DEL FRIO

minotauro

© Luiso Berdejo, 2021
Imágenes de interior: rawpixel.com / Freepik

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0970-3
Depósito legal: B. 328-2021
Preimpresión: El Taller del Llibre
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

A Santa nunca le había costado intentar creer en cualquier práctica sobrenatural acerca de la que alguien ducho y practicante se hubiera tomado la molestia de elaborar una base científica o histórica. Respetaba lo ancestral, admiraba el trabajo y la dedicación, y adoraba el compromiso, así que entendía que si alguien se había preocupado por rastrear y registrar una serie de evidencias y orígenes, o si al menos se había molestado en inventárselas tratando de dotar a sus fantasías de cierto aroma deontológico, debía de ser porque aquello era lo suficientemente importante como para merecer su esfuerzo, y ya sólo por eso le debía respeto y el beneficio de la duda.

La taseografía y la cafeomancia, sin embargo, le chirriaban. El debate eterno entre ciencia y creencia le aburría tanto como la televisión a un inquieto, y sabía que su incredulidad para con ambas disciplinas adivinatorias no pasaba tanto por la constitución racional de su cerebro como por la arbitrariedad de la naturaleza de la disciplina, la cantidad descomunal de factores fortuitos que intervenían en su proceso, y sobre todo la ausencia de una figura destacada en la historia que hubiera dedicado su tiempo a tales artes y que además hubiera destacado por otros motivos que evidenciaran su coherencia y sentido común. No había un solo taseógrafo en la historia que pudiera ser citado por dos asistentes a cualquier partido de trinquete, ni

siquiera había un cafeomante feo en una película de Disney de las malas.

Nadie. Ninguno. Nada.

Por no haber, no había ni un solo personaje en la historia, en una novela, película, poesía, canción, ópera, cantata, madrigal o anuncio de colonia, que en un momento de zozobra hubiera recurrido a alguien que mediante la lectura de unos posos al fondo de una taza lo hubiera ayudado a resolver un misterio, por pequeño que éste fuera y que de otra manera nunca habría podido esclarecer. ¿Aparecerán las joyas de la abuela? ¿Me seguirá queriendo esa cretina? ¿Cómo podía ser tan cretina? ¿Dónde aparqué anoche…? Si los había, desde luego Santa no se había cruzado con ninguno en ninguna de las muchas librerías, bibliotecas, filmotecas, galerías, videoclubes o museos por los que llevaba arrastrándose gran parte de los veintinueve años que hacía que su madre lo expelió a este mismo planeta en el que ahora estás leyendo esto.

«Parece una "E"», pensó mientras movía la taza de café vacía en sus manos para que la luz amarilla del local llegara hasta el fondo de la misma, donde se concentraban los posos más bravos y renegridos y que suponía contendrían la mayor cantidad de información.

Además del ornitólogo, ese jueves frío y cualquiera la cafetería contaba con una clientela aburrida hasta el entretenimiento. En el extremo más alejado, en una mesa pegada a la pared, un chico desarreglado leía un libro demasiado viejo como para ser de la biblioteca y que probablemente dejaría a medias tan pronto como creyera haberse enamorado. Junto a la puerta departían dos señoras de chaleco guateado que guardaban sus prioridades apelotonadas en el mismo cajón que el despecho y los sueños que tenían preparados para otros, mientras sus maridos bebían en un bar cercano para tratar de olvidar que todavía recordaban. Y en la mesa más cercana a la de Santa había una chica de gafas que como casi todas las españolas hoy tampoco se había lavado el pelo, y que tecleaba en un ordenador portátil

demasiado deprisa como para que aquello pudiera ser importante. Ninguno prestaba atención a los demás y tan sólo las señoras lacadas interactuaban entre sí, saltando de tema en tema tan pronto como se les terminaba la lista de personas de las que chismorrear en cada materia.

Santa regaló varios segundos de atención a cada uno imaginando sus vidas, sus pijamas, sus parejas, sus escritorios y hasta sus juguetes preferidos de niños, antes de volver a mirar la hora para comprobar que, en efecto, Sócrates ya llegaba diecisiete minutos tarde.

Había dado con él a través de una página web de contactos interprofesionales en la que, a pesar de los intentos de sus usuarios por convertirla en una más de contactos interpersonales, todavía era posible cruzarse con gente cuyas intenciones no fueran estrictamente genitales. En un principio, Santa se había mostrado reacio a poner un anuncio en una web por lo que aquello tenía de desesperación social, como si hacerlo implicara tener que asumir una carencia secreta que a partir de entonces se le aparecería en sueños dando vueltas sobre su cama en posición de flor de loto escupiéndole arrobas y *cookies* por los pezones, pero finalmente asumió el siglo en el que le había tocado vivir y colgó el anuncio en la web todo lo deprisa que pudo para no darse tiempo a arrepentirse. Antes de hacerlo había pensado ir a una escuela de sonido y poner un pliego de esos con flecos con su número de teléfono, pero desconocía si los alumnos baratos estarían lo suficientemente preparados para el trabajo, si tendrían el equipo adecuado, cuál era el equipo adecuado, o incluso si habría alguna escuela de sonido en Vitoria, así que se decidió por la red de redes. Un par de días después recibió un correo de Sócrates en el que decía estar encantado con la posibilidad laboral y además afirmaba tener el equipo necesario para llevarla a cabo con la profesionalidad que tamaña empresa requería. Se intercambiaron los números de teléfono, hablaron poco un par de veces y finalmente se citaron ese día en esa cafetería hacía ya veintidós minutos.

Santa empezó a temer que su imaginación estuviera dema-

siado libre como para empezar a transitar recuerdos, la última de sus necesidades y voluntades, así que se decidió a ocuparse cuanto antes. Volvió a mirar su reloj, desestimó presionar a su cita con un nuevo mensaje, considerando que ya debía de tener bastante con lo que fuera que le estaba impidiendo llegar a la hora convenida, y valoró la posibilidad de pedirse otro café.

—¿Va a querer algo más, caballero? —le lanzó el camarero desde la barra, como si un decimosexto sentido le hubiera chivado que no muy lejos del centro neurálgico de la caja registradora había un cliente con dudas.

—Otro café.

—Con leche, ¿verdad?

Santa pensó que la pregunta sólo podía deber su existencia a la cortesía, pues las señoras daban sorbitos a una manzanilla y a un poleo, el lector enamoradizo había pedido una Coca-Cola, y la escritora con gafas abrazaba con diez dedos su segundo chocolate caliente de la tarde, luego el único café que el camarero había preparado en los últimos cuarenta minutos era el suyo, y no podía tener tan mala memoria como para no acordarse de que había sido con leche.

—Con leche, sí, gracias.

El café llegó a la vez que Sócrates.

—He pensado decirte que habíamos quedado a y media, pero luego me ha dado palo mentirte el primer día —dijo el sonidista mientras se despojaba del disfraz de motorista.

—¿Y a partir de qué día ya no te importa mentirme? Por saber qué margen tengo.

—¿Qué…? ¡Ah! —Sócrates se rio de modo sonoro con el pasamontañas girado hacia un lado tapándole la boca mientras se le caían los guantes al suelo y rozaba la cabeza de la escritora con su cazadora voladora—. ¿Sabes lo que pasa, tío? Que cuando las distancias son cortas me confío y la cago gorda, pero no suelo llegar tarde nunca, en serio —dijo a la vez que tiraba su cazadora de asfalto sobre el respaldo de la silla, se lanzaba sobre ella haciéndola rechinar contra el suelo y se sujetaba la melena despeinada y limpia detrás de las orejas—. ¿Quieres tomar algo

más? ¡¿Ya llevas dos cafés?! Joder, tampoco he llegado tan tarde, ¿no? —Volvió a reírse mientras buscaba al camarero sin darse cuenta de que ya estaba a su lado.

—¿Qué va a tomar, caballero? —le preguntó el mesero sujetando en sus manos un arma de sugestión en forma de libreta con la que incitaba al nuevo cliente a pedir tantas cosas que fuera a ser necesario apuntarlas.

—Un cortado doble de máquina, por favor. —Sócrates golpeó sin querer el servilletero de metal y lo tiró al suelo, movió un pie de modo instintivo para detenerlo y lo chutó haciéndolo rebotar por la cafetería hasta que se detuvo bajo la silla del lector—. ¡Perdona! —le gritó en la distancia mientras se levantaba, se acercaba hasta él y se agachaba junto a su silla dejando a la vista parte de su espalda y de su calzoncillo de cuadros.

—¿A que tienes gato?

—¿Cómo…?

—Esos pelillos en el jersey y el olor te delatan.

Sócrates sonrió al escritor y le dio una palmada en el hombro excesivamente familiar. Luego volvió a la mesa con el servilletero y lo apoyó con la misma fuerza que habría necesitado para cascar trece nueces. Se volvió a colocar el pelo detrás de las orejas, los huevos en el calzoncillo, y se sentó mientras sacaba su teléfono del bolsillo.

—Un segundo, que mando un mensaje y estoy…

Mandó el mensaje, se guardó el teléfono, volvió a sacarlo para ponerlo en modo vibración, le vibró, escribió un nuevo mensaje, sonrió, mandó el mensaje, puso el teléfono en silencio y se lo volvió a guardar. Para entonces, el camarero estaba de vuelta en la mesa con su cortado. Lo puso frente a él y lo acompañó de un vaso de agua cortés en el que flotaban varios cadáveres enanos e inútiles de hielo.

—Gracias.

—A usted.

Sócrates abrió dos sobres de azúcar, los volcó en su taza y dio varias vueltas a la cucharilla tan deprisa que vertió parte del contenido en el plato, lo levantó con naturalidad, lo volcó

sobre la taza devolviendo lo derramado y siguió dando vueltas a la cucharilla con algo menos de brío.

A Santa no le gustaba juzgar a las personas, así que asistió al despliegue pirotécnico de Sócrates en silencio interior, si bien no pudo evitar imaginar su tubo de pasta de dientes estrujado por la mitad, su cepillo chorreante, todos los botes en su bañera abiertos y resecos, su nevera con olor a cebolla revenida, la mayonesa cruzada de surcos de tenedor y el queso de untar lleno de migas… Supuso que en su casa la música siempre estaría demasiado alta, que quitaría el vaho de los cristales del coche por dentro con las manos sucias, que nunca taparía los rotuladores y que abriría mucho los libros utilizando las dos manos hasta casi desencuadernarlos «para que se aguanten». Todo un sinfín de particularidades que veía latir en el sonidista pero que no pensaba utilizar para emitir un juicio sobre él, si es que a estas alturas todavía no lo había hecho… Sócrates le había parecido un tipo noble desde que había entrado en la cafetería y eso le resultaba más que suficiente para quererlo cerca, y además era tan diferente a él que la sola idea de ir a compartir varias semanas a su lado le excitaba el intelecto.

Dicen que para medir tu amor propio basta con que veas la facilidad con la que permites que los demás sean como les dé la gana, y aunque el amor propio de Santa tenía los músculos atrofiados y los huesos de corcho, el ornitólogo entendió que si Sócrates es lo que había encontrado, Sócrates es lo que debía ser. Quizá hasta estuviera escrito en esos posos del café que no había sabido leer.

—Bueno, cuéntame de una vez. —Se acabó el cortado de un trago, dejó la taza sobre el plato con estruendo y se estiró para recoger la cazadora, que se había deslizado del respaldo de la silla cayendo al suelo.

—La UPV, la Universidad del País Vasco, me ha contratado para realizar un archivo sonoro de las aves del País Vasco…

—Sí, buenísimo.

—En mi tesis doctoral hice una comparación de las aves presentes en las tres capitales vascas mediante un estudio que

reflejaba cómo las características de cada núcleo urbano, sus circunstancias, climatología y contaminación, afectan a sus ciclos reproductivos, así que en cierto modo la UPV encontró coherente asignarme el trabajo.

—¿Y todo esto lo pagan ellos? Pura curiosidad…

—Sí, a medias con una ayuda del gobierno vasco y una subvención del Ministerio de Medio Ambiente.

—Ministerio de Medio Ambiente, toma ya, currando con las altas esferas —rio Sócrates mientras gesticulaba hacia el camarero para que se acercara a la mesa—. ¿Tú quieres algo más? Aquí hacen una tortilla de puta madre.

—Gracias, estoy bien —dijo Santa acompañando su declaración de un sorbo de café frío con nueve terroncitos de paciencia.

—Entonces, tenemos que echarnos al monte y ponernos ahí a grabar pájaros como si nos fuera la vida en ello, ¿no? Planazo.

—Sí…

—Guipúzcoa me dijiste que ya la habías hecho, ¿no?

—No, hice Vizcaya, ahora hacemos Álava y luego acabo en Guipúzcoa.

—¿Y ahí también voy yo o te buscas a otro técnico? Bueno, te buscarás a otro igual que en Vizcaya has tenido a otro, ¿no? Claro. Que por cierto, estaría bien que me dieras su contacto para escribirle y que me diga cómo lo grabó él, lo digo porque aunque luego vayas a retocarlo todo, cuanto más lo unifiquemos ahora mejor. Aunque si te soy sincero, si el vizcaíno te ha hecho una chapuza me la va a sudar y voy a ir a lo mío, ¿sabes? Que yo te voy a hacer un curro fino filipino, sabes lo que te digo, ¿no? ¿Quién te hizo el sonido en Vizcaya?

—Os mando luego un *email* para poneros en contacto.

—Cojonudo. En Guipúzcoa tengo un colega que te puede hacer esa parte muy guay si no voy yo. Te paso el contacto también, si quieres.

—Gracias.

—Dígame, caballero —dijo el camarero apuntando a Sócrates con su libreta semiautomática.

—¿Me traería un pincho de tortilla y un café con leche?

—Claro que sí. ¿Y usted, caballero? —El camarero se volvió hacia Santa y lo encañonó entre ceja y ceja con la Centauro, desconocedor de que ni sus cuadrados azulados ni su espiral despeinada iban a intimidarlo.

—Yo estoy bien, gracias.

—Muy bien —dijo dándose la vuelta.

—¿Y la postproducción de todo dónde la acabas? Quiero decir, no sé si ahora grabamos y quieres que lo edite y te pase todas las pistas ya limpias y con una duración determinada, o si sólo quieres ir grabando y clasificando y luego ya tienes a alguien que te hace toda la postpro. Yo lo que tú me digas, no sé cómo lo hiciste en Vizcaya, pero lo que te venga más cómodo. Joder, deberías haberte pedido un pincho de tortilla, en serio. Está de cojones. Espera un momento.

El sonidista se echó hacia atrás haciendo chirriar su silla por el suelo como si abriera una esclusa del canal de Panamá, se levantó con ímpetu animal y se acercó a la barra haciendo gestos al camarero para reclamar su atención.

—¡Jefe!

Sócrates le pidió que trajera dos pinchos en vez de uno, le dijo que en todas partes pedía siempre un poco de mayonesa con la tortilla porque la servían seca, pero que con la suya no hacía falta porque realmente era la mejor tortilla de patata que había probado en su vida. Sonrió de modo agradable sin encontrar en el camarero una respuesta a la altura de su entusiasmo, le dijo que en vez del café prefería una Coca-Cola normal, y añadió que mucha gente decía que la Coca-Cola Zero es cancerígena, pero que él no creía que lo fuera mucho más que la mitad de las cosas que venden en los supermercados. Después se rio solo.

—Tengo Zero, si quieres, no te he entendido.

—No, no, normal y sin limón, jefe. El cítrico mata el carbónico y quita las burbujas de la soda, ¿lo sabía? Nunca he entendido la manía esa de ponerle una rodaja de limón sucio a la Coca-Cola. Ni da sabor ni ayuda a nada, le quita las burbujas y encima, seamos honestos, la sacan de la caja esa de plástico transparente con tapa que tienen escondida llena de rodajas

que llevan cortadas un par de días, ¿eh? ¿Sí o qué? No es que te corten un limón de esos gordos y jugosos y te pongan un trozo nuevo, qué va, cogen la pincita esa de acero inoxidable, abren una caja de plástico llena de rodajas resecas, y te echan una a la Coca-Cola tan contentos. ¿Dónde está el beneficio? ¿En el adorno? ¿En el amarillo que contrasta con el marrón de la bebida y la suaviza a la vista? No lo entiendo, en serio, pero a mí ya no me la dan más con el limón. Es como el pepino ese que le ponen al gin-tonic en muchos sitios. ¿Me puede explicar alguien de dónde viene el rollo ese del pepino?

Santa veía el despejo y la naturalidad con los que Sócrates interactuaba con el mundo y le parecía estar viendo a un perro reencontrándose con su amo después de haberlo dado por muerto durante todo el otoño. No podía evitar mezclar el horror social más profundo con la admiración más sincera. Horror por lo que su espontaneidad tenía de esa actitud exhibicionista que tanto detestaba en todos los actores y actrices que había visto o conocido a lo largo de su vida, y cuyas almas parecían gritar siempre «¡Miradme, estoy aquí! ¡El mundo es mi escenario y mi cuerpo mi instrumento!». Y admiración porque sabía que detrás de su orden propio, su discreción, sus horarios, su control y su raciocinio, se ocultaban la inseguridad y el apocamiento de quien nunca se había sentido parte de nada, y a quien en ciertos momentos le hubiera gustado tener el brío canino con el que Sócrates se desenvolvía.

Santa le vio terminar su reflexión cucurbitácea con el camarero sin que éste apenas lo mirara, volverse hacia él sonriente mientras le decía a voces que la tortilla la habían hecho esa misma mañana y que tenía una pinta increíble, y entonces recordó la frase aquella de Juan Carlos Onetti que decía que «la vida es aquello que no puede hacerse en compañía de mujeres fieles ni hombres sensatos», y pensó que si en efecto se trataba de un axioma, el sonidista motorista sería a su vida lo que la savia al alcornoque.